

de tolerarse el espectáculo que se dió el jueves último en la sesión y fuera de la sesión. Aquello se convirtió en un campo de batalla y fueron los beligerantes de un lado los interesados en el asunto del impuesto de consumos sobre el hielo destinado á la conservación de la pesca, y de otro la guardia municipal. La batalla tuvo un frente extensísimo, que abarcaba los kilómetros existentes entre el Salón de sesiones y la galería gótica, ambos inclusive. El ala izquierda de la guardia municipal fue en algunos puntos, según los informes oficiales, y quedaron destruidas algunas de las guerreras de los guerreros guardias. Estas guerreras, especie de Lovainas de menor cuantía, habrán de reconstruirse en la sastrería, y mucho temo que los zarcos y botones que necesiten resulten caros, como caro resulta siempre todo lo referente á nuestro benemérito Ayuntamiento.

Los aliados pescadores llevaron á la sesión á un forzado individuo de la raza negra, especie de tropa senegalesa que se portó heroicamente. El negro en cuestión, completa mente solo, se atrevió con cuatro guardias municipales, á los que derribó al suelo, y cuentan que don Cruz Mendiola, generalísimo de la guardia municipal, afirmaba después que había tenido que reforzar la línea, «porque, si no, el negro nos copa á todos».

Parece que al negro le habían calentado un poco los cascos, además de unas copas que había bebido de más, los discursos que se pronunciaron en el debate, y salió de él como su colega en color el negro del sermón: con los pies fríos y la cabeza caliente.

No debe tolerarse que el público arme escándalos en el Ayuntamiento y debe dotarse á nuestra guardia municipal de artillería de grueso calibre... por si acaso algún día se presenta por allí algún otro negro para tamar parte en las batallas, porque está visto que la raza de color es más poderosa que la blanca.

CAROLIN

DEL AMBIENTE

La eterna historia

La tarde es hermosa. Los mangueros de la ciudad han regado las calles, han remozado el verdor de los árboles, jugando con el chorro potente cristalino, cuyos arcos se deshacen en lluvia irisada al sol, en forma de palmas argentadas. La tierra está húmeda aún del riego y el ambiente es fresco todavía. La naturaleza está ecuanime é indiferente el curso de sus leyes y sus estaciones, como si la humanidad viviera en paz; y el mismo sol que ilumina nuestros prados pacíficos y nuestras montañas silenciosas, inunda á estas horas de luz los formidables campos de batalla, estremecidos de horror, donde siega afanosa y ata sus gavillas la muerte.

Después de un paseo por la Rambla, donde se vocean los periódicos con «las últimas noticias de la guerra». — ¡Ojalá fuesen las últimas!—después de haber sonreído ante unos carteles que anuncian la publicación de la historia de la guerra—una historia de la guerra actual es mucha historia—voy y me siento ante una mesita en la acera de un café de la plaza de Cataluña.

En la plaza anchísima, como todos los domingos, un enjambre de famulas y niñas en conversación con mozos y soldados, encomendados á su vigilancia que corren un poco más lejos. Supongo que el niño Amor juguetea también, pero más cerca. Parecen todos felices, por lo menos están alegres: rien, retozan... ¡Oh, gloriosa juventud, eres feliz porque mucho ignoras!

De este pensamiento me distraen las conversaciones que oigo á mi derecha y á mi izquierda. Realmente es mal sitio para meditar la acera de un café. En la mesa vecina, á mi izquierda, se habla del conflicto económico-local, causado por la guerra; en la de la derecha se habla de la guerra también, pero en sentido bélico-filosófico. Los semblantes de unos y otros conturbiados están contrados, algunas frentes están atormentadas por el esfuerzo mental: los que escuchan, para comprender bien; los que hablan, para darse á entender mejor. Como en todas partes, unos son más pesimistas que otros; pero de cuando en cuando salta un concepto optimista, que no logra imponerse.

En el grupo de los economistas se habla todavía de las doblas de Julio. Se sustentan opiniones opuestas, discuten un poco y pasan luego al conflicto industrial. Se habla del temor de que falten materiales, de las dificultades de la importación y de la exportación y sobre todo de las del giro y las transacciones bancarias. Cuentan casos, ponen ejemplos, hacen cálculos... El conflicto económico, si faltara el trabajo, se convertiría en social: el pesimismo predomina.

A mi derecha, los políticos, filósofos, diplomáticos y estrategas sustentan los más opuestos pareceres. Se habla de barbarie triunfante, de imperialismo, de militarismo, de civilización amenazada, del orgullo germánico, de la vanidad francesa, de la marrullería británica. Uno dice que medio millón de rusos han ido desde Arkangel á Ostende, otro dice que no, que vienen de Vladivostock, otro niega que haya tales rusos; se habla de la raza amarilla, del peligro amarillo, del furor senegalés, del furor teutónico, de Alemania hambrienta, de los cascotes que comen carne cruda, de alemanes que fusilan niños de mujeres que sacan ojos; en una palabra, de horrores, muertes, estragos... El

estrago mayor, sin embargo, muy frecuentemente lo padece el sentido común. Al fin dice uno que esta guerra significa la bancarrota de la civilización moderna, que Europa quedará arruinada y sangrada y que se sembrarán en ella odios para otro medio siglo...

Instintivamente le miro y asiento ligeramente con la cabeza; pero me arrepiento en seguida, porque él y todos sus conturbiados, que han advertido mi involuntario ademán, se dirigen á mí como buscando un apoyo ó un oyente, pues ellos no se entienden ya, y yo que estoy harto de leer esas mismas cosas que ellos dicen, ó mejor dicho, que repiten, tiemblo y me dispongo á no atender. Pero es imposible no atender, porque me abruma.

Van exponiendo sus teorías. Al fin uno, muy joven, dotado de gran verbosidad, signo casi infalible de escasa reflexión, canta las glorias de la civilización, el derecho y el progreso y dice y cree y jura y perjura que de un modo ú otro, ocurra lo que ocurra y venza quien venza lo que triunfará serán el progreso y la justicia inmanente. Yo á la verdad no sé á punto fijo que cosa sea la justicia inmanente. La democracia, prosigue, se enseñoreará de Europa, vendrá una revolución social formidable, caerán las instituciones caducas, los pueblos arruinados y empobrecidos pedirán cuentas á sus tiranos y se hará la paz universal sobre la base del desarme.

Yo contemplo con un poco de compasión y otro poco de envidia al optimista éste. Es joven, no ha digerido sus lecturas, no ha tenido tiempo de ver, no conoce al hombre, aunque habla mucho de la humanidad, y da importancia á las palabras. Las palabras y las ilusiones tienen para él más valor que las realidades.

Termina al fin su elocuente alegato y me pregunta:

- ¿No opina usted así?
- Si tuviera yo sus años es probable que opinara lo mismo.
- ¿Qué tienen que ver los años en eso?
- me replica.
- ¡Oh, amiguito mío, todo! Los años lo son todo.
- ¿De modo que no cree usted en el desarme, por lo menos?

—No. Al contrario: creo que después de la guerra actual, estará Europa algún tiempo sin dinero y se contentará con mantener al brazo las armas que le queden; pero en cuanto hayan pasado cinco años, diez años, los acorazados se construirán más poderosos y los cañones de más calibre.

—De modo que cree usted...
—Creo firmemente que no cambiará en nada el mundo. ¿Ve usted esos niños que juegan ahí, en la plaza, tan medianamente vigilados por sus niñas? Pues todo se se reducirá á que esos niños tendrán que aprender una geografía política un poco —tal vez muy poco—diferente de la que ha aprendido usted.

—Sí; pero las lecciones de la historia, el escarmiento que supone la hecatombe actual...

—Desengañese usted, le digo. El año 70 tenía yo la edad de esos pequeñuelos y por lo tanto no me sirvió á mi aquella lección ni la que tuvimos entonces en casa: no me enteré de nada. Dentro de cuarenta años, ninguno de esos niños se acordará del desastre de ahora. Lo leerán en los libros; pero ¿cree usted que los libros enseñan cosa alguna á los pueblos? Los que hayan aprendido la lección en carne viva, como puede aprenderlo usted, ¿dónde estarán ó qué serán dentro de cuarenta años? Unos vejesterios que no servirán para nada y á quienes no escuchará nadie. Ya verá usted, y digo usted y no nosotros porque yo no podré verlo, qué lindos cañoncitos se usarán entonces.

—Pero ¿y si vence Francia y con ella la libertad?

—¡Ah! en este caso los cañones serán un poco más grandes.

ANGEL RUIZ Y PABLO

DE SOCIEDAD

Nos hallamos en una hermosa terraza de una quinta señorial que parece reclinada en la frondosidad de un viejo parque.

La tarde apacible convida al descanso. Sobre nosotros un sol ardiente camina hacia su ocaso.

Ante nuestros ojos se extiende hasta perderse en lo desconocido la superficie purísimamente azul del mar.

Conversamos. Es un corro de personas—damas y caballeros—que nos reunimos allí, merced á la galantería de sus dueños, un matrimonio elegante y simpático, cuya casa, á la vez que archivo de todos los refinamientos, es también un palacio del arte, en todas sus bellas manifestaciones.

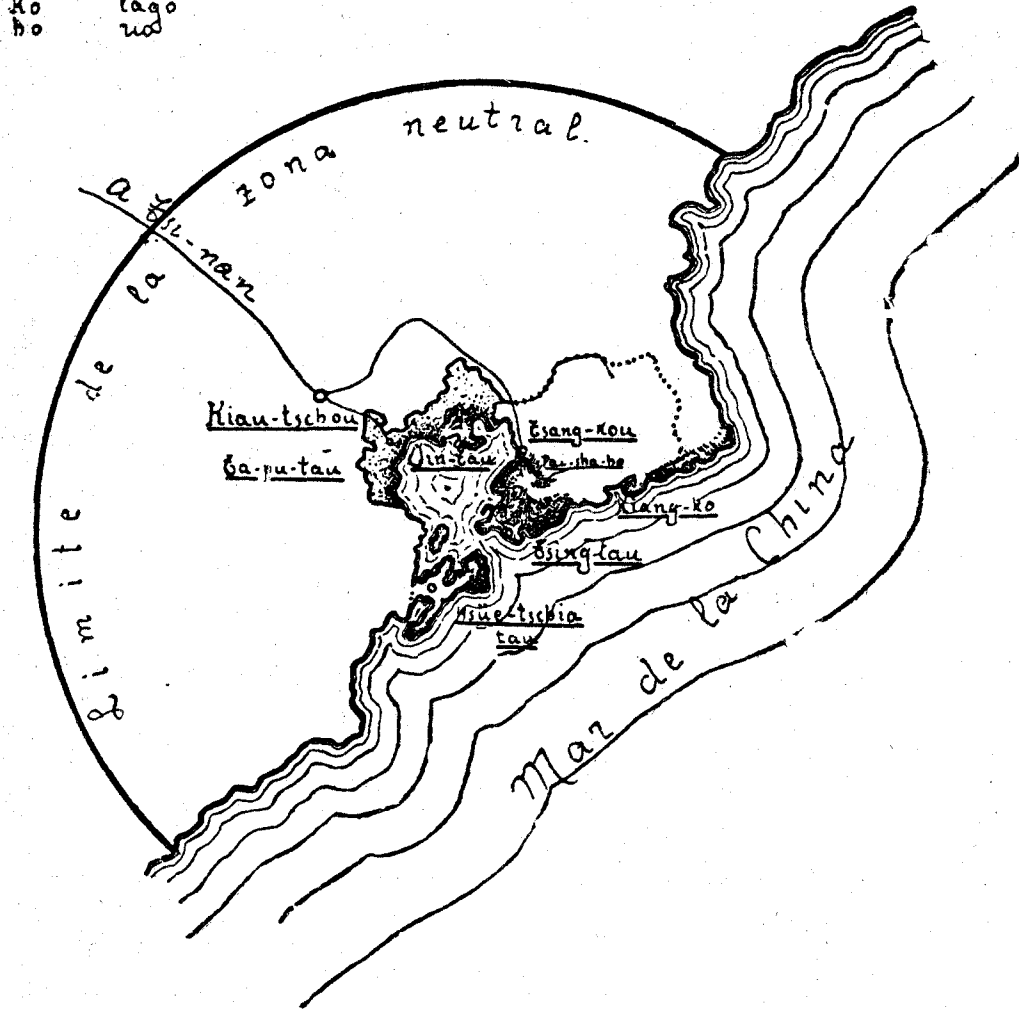
Figuran en el corro varios artistas; una eminente cantante, un renombrado pintor y un gran músico.

A pesar de ello, gira la conversación alrededor de distintos temas: y el principal, claro está, la guerra. Uno de los concurrentes acaba de llegar de París, y nos cuenta diversidad de escenas motivadas con la llegada á la capital francesa, de los primeros heridos. El arzobispo de París, revestido de pontifical, los bendijo á todos, desde lo alto de las gradas de la Magdalena. Y cuando monseñor Amat—nos dice—bendecía á los primeros héroes que acababan de recibir su tributo de amor á Francia, la inmensa muchedumbre que presenciaba el emocionante espectáculo, se arrodillaba en silencio como poseída de un mismo dolor, y

China Oriental

Protectorado de Hiau-tschou

tau monte
ko lago
ho ud



de un mismo entusiasmo. Qué influencia más sana produce siempre, en los momentos difíciles, una bendición del cielo...

Nos refiere después el relato de un oficial herido y conocido aristócrata, el marqués de Senás, con quien conversó durante su visita á uno de los hospitales: «Hallábase mi escuadrón—le dijo—oculto entre las malezas de un bosque cuando recibí el orden de lanzarme á la carga con toda la brigada de coraceros: delante nuestro, la artillería y la infantería vomitaban la muerte hasta el punto de que tal era la cantidad de balas que rasgaban el espacio que al caer hubiérase dicho que se estorbaban las unas á las otras, formando un piso compacto de plomo y acero: entonces caí herido y no recuerdo ya lo que desde aquel momento fué de mí.»

Escuchamos todos el relato atentamente. Tras él se comentan y se discuten los azares de la guerra.

Hay entre los presentes pareceres y opiniones contrarios. Ellas son de corazón francesas y nosotros... neutrales.

Pero como consecuencia natural de toda realidad humana, á la fiera de la guerra sucede siempre la tranquilidad de la paz.

Es el eterno contraste de las cosas de la vida.

Se habla de teatros, del presente y del porvenir. Los augurios son por fortuna halagüeños.

Barcelona se verá este año concurrida de gran número de extranjeros: algunos están ya entre nosotros; los más tienen anunciada su llegada. En Madrid hace un frío excesivo y buscan la templanza de nuestro clima. Estamos, pues, de enhorabuena. Los barones de Rothschild dícese serán nuestros huéspedes, y acaso su visita no sea improductiva. Tales son los rumores.

Es, pues, ocasión de que hagamos gala de nuestra propia fuerza y de nuestra cultura para soportar las consecuencias que de la guerra nos alcancen, sin menoscabo de prestar á todas las iniciativas el calor y la cooperación necesaria. Lo contrario sería poner de relieve nuestra insuficiencia y nuestra debilidad.

Y ya que de todos los otros órdenes hemos sabido conservar cumplidamente nuestro rango y nuestro crédito—España ha demostrado ante los perjuicios de la guerra europea una sinceridad y una solidez financiera no imaginable, ha dicho un ex ministro—precisamente lleguemos hasta el fin, tratando de recabar para nosotros el mayor provecho y la mayor utilidad material y moral.

No hay, pues, que amedrentarse. A tal efecto no son pocos los ofrecimientos que á Barcelona han sido hechos, para juntar su valioso concurso á la obra de atracción que nos queda á realizar.

Ante todo sepamos, pues, agradecerlo. María Barrientos nos da un hermoso ejemplo. En los momentos difíciles y cuando mayor es la falta de todo concurso, no regatea el prestarlo para contribuir al restablecimiento de la normalidad en Barcelona, en bien de los barceloneses y de los extranjeros que nos visiten.

No es eso sentar ya un acierto seguro. Pero acaso no andemos en lo más incierto al decir que nuestra eximia cantante, que á su arte junta también un sentimiento y un corazón muy apegado á su suelo patrio, no será de quienes más reparos ni obstáculos interponga ante los requerimientos que le son dirigidos.

Volpini, con quien acabamos de conversar, no regateará tampoco ningún esfuerzo. Los demás teatros abren también sus puertas. El Liceo no permanecerá, pues, cerrado.

Y como es verdad sabida, que no hay mal que por bien no venga, acaso siendo tales los augurios, la vida del gran mundo alcance este año todo su esplendor. Solo falta que quienes pueden y deben, contribuyan á ello. Y levanten los espíritus.

Tal es lo que se habla y lo que se dice. Contemplamos durante este tiempo una composición admirable. María Barrientos, de quien acabamos de hablar, posa delante del artista. Y Ramón Casas traza en el interin, sobre la tela, los rasgos que tienen que ser mañana la nota más bella y más saliente del retrato que está terminando.

Los demás contemplamos extasiados su obra. Hay momentos de silencio. El pintor trabaja y de su larga pipa aquilotada sale el humo formando caprichosas espirales que al aire deshace. Díjese que su pincel ejecuta exactamente lo que su fantasta concibe.

Se cierne sobre nosotros el crepúsculo de la tarde, hora la más triste, en que la imaginación evoca de nuevo los horrores de la situación presente.

Se confunde la frondosidad del parque con las sombras vagas de la noche. Y á su vista nos sugiere la memoria una inspirada frase del gran maestro Quintana:

«Cuán cerca de la vida está la muerte...»

BOY

Cortesía japonesa

Los japoneses son el pueblo más cortés del mundo. No saben saludar, sino inclinándose profundamente; ni hablar, sin sonreír. No tienen expresiones de negación, porque el contradecir á las personas, es faltar á la cortesía. «No», «jamás», «nada» son palabras que se expresan por una forma de verbo especial. Los tiempos principales de los verbos tienen asimismo dos formas terminales, que se usan según se habla á superiores ó inferiores.

Curiosas resultan las cortesías exageradas con que se saludan hasta la gente de la clase menestral, porque todo japonés tiene la urbanidad en la masa de la sangre. Encuétranse, por ejemplo, en la calle, dos mujeres de pueblo, cada una de las cuales lleva en la espalda su hijo, niño de pocos meses, colocado en un gran paño, según la moda típica del país. Al llegar frente á frente, las dos se inclinan tan profundamente que es menester sostengan con una mano á sus chiquillos para que no se deslizen por encima de las cabezas de sus madres. Estas se incorporan luego al mismo tiempo y entablan la siguiente conversación:

«Usted no puede figurarse cuán grande es mi satisfacción de poder ver su rostro estimado».

«Para mí, este feliz encuentro es un gusto indecible».

«Permítame usted que me informe respetuosamente por su apreciada salud».

«Con su permiso la diré que me encuentro muy bien. Asimismo me atrevo esperar que su respectable persona de usted está gozando de plena salud».

«Agradezco á usted sinceramente su amable pregunta, y con la debida modestia le aseguro que me encuentro perfectamente. Y como se encuentran sus eminentes padres?»

«Gracias; están pasando su pobre existencia con toda modestia, felices y contentos. Y como se encuentra su muy honrado señor hermano?»